



Año VIII. Jueves 1.º de Agosto de 1867. Núm. 14.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE OSMA.

Se publica el 1.º 10 y 20 de cada mes. Se suscribe en la Secretaría de Cámara y Gobierno á 6 rs. trimestre. Se vende á real el número suelto. No serán atendidas las reclamaciones de números, pasados 15 dias desde la publicacion del respectivo. Toda comunicacion se dirigirá: *Al Director del BOLETIN ECLESIASTICO del Obispado de Osma.*

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO.

Tenemos la grandísima satisfaccion de anunciar que nuestro Illmo. Prelado ha regresado ya de su viaje á la Ciudad eterna, y llegado con toda felicidad á Santander.

S. S. I. ha determinado celebrar órdenes en las próximas Témporas de S. Mateo. En su virtud los que pretendan ser ordenados en ellas, presentarán en esta Secretaría, antes del dia 18 del inmediato mes de Agosto, sus solicitudes, juntamente con los documentos que á continuacion se expresan: Partidas de bautismo y confirmacion, para la prima tonsura y órdenes menores; las mismas partidas y testimonio de Cóngrua canónica para el Subdiaconado; y certificacion de haber ejercido el orden correspondiente, para el Diaconado y Presbiterado, acompañando á todos ademas el título del orden últimamente recibido. Los exámenes tendrán lugar en el sitio de costumbre el dia 11 del próximo mes de Setiembre. Burgo de Osma 26 de Julio de 1867.—*Lic. José María Labin, Vice—Secretario.*

Alocucion dirigida á los Prelados por Su Santidad en el Consistorio público de 26 de Junio último.

Venerables Hermanos: En medio de nuestras crueles amarguras,

sírvenos de singular alegría y consuelo gozar nuevamente de vuestra presencia y de vuestra preciosa asistencia, y poder dirigiros la palabra en esta magnífica asamblea.

Vosotros, en efecto, llegados á esta ciudad de todas las regiones de la tierra á una señal de nuestro deseo y por inspiracion de vuestra piedad; vosotros, tan eminentes por vuestra religion, llamados á tomar parte en nuestra solicitud, no teneis otro propósito en esta época de calamidades que el de ayudarnos á defender el Catolicismo y procurar la salvacion de las almas, dulcificar nuestras multiplicadas amarguras y darnos cada vez mayores pruebas de vuestra fidelidad, buena voluntad y obediencia á la Cátedra de Pedro.

Alégranos profundamente vuestra presencia, y ante este nuevo testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor, recordamos de buen grado á todos aquellos que hasta hoy habeis mostrado á porfía una completa concordia y esmerado celo, sin huir de los contratiempos, y sin dejaros vencer por la adversidad. Este recuerdo tan suave y dulce, profunda y perpétuamente impreso en Nuestra alma, hace que Nuestro reconocimiento y Nuestro afecto, mas ardientes y vivos que nunca, hayan menester manifestarse á vosotros todos públicamente en señales mas claras.

Pero si este recuerdo del tiempo pasado Nos ofrece tan gran consuelo, vosotros, Venerables Hermanos, como Nos estamos de ello convencido, comprendereis fácilmente cuanta alegría y cuanto amor siente hoy Nuestro corazon al tener de nuevo la dicha de veros aquí; á vosotros, que desde las mas remotas naciones católicas habeis venido á Nuestro lado á la enunciacion de un simple deseo Nuestro, y movidos por vuestra piedad y vuestra devocion.

Nada, en efecto, más agradable para Nos, que encontrarnos en vuestra asamblea, que aprovechar los frutos de nuestra mútua union, sobre todo para celebrar estas solemnidades, en que todo lo que pasa ante nosotros demuestra la unidad de la Iglesia católica, el inquebrantable fundamento de esta unidad, y el cuidado y la gloria con que esta unidad debe ser protegida y sustentada. Sí, todo demuestra esta admirable unidad por medio de la que, como por una especie de canal, se derraman en el cuerpo místico de Cristo

los dones y gracias del Espíritu Santo, siendo causa en cada uno de sus miembros, de esos ejemplos de fé y de caridad, que son la admiracion de todo el género humano.

Trátase, en efecto, Venerables Hermanos, en este momento, de decretar los honores de la Santidad á ilustres héroes de la Iglesia, la mayor parte de los cuales han librado el glorioso combate del martirio. Unos, por defender el Principado de esta Cátedra Apostólica, que es el centro de la unidad y de la verdad; otros, por reivindicar la integridad de la unidad de la fé; otros, en fin, por atraer hácia la Iglesia católica á los hombres arrebatados por el cisma, han sufrido con gozo una muerte preciosa; y todo esto de tal manera, que claramente se demuestra aquí el maravilloso designio de la divina Providencia, pues ella ha dado estos ejemplos de adhesion á la unidad católica, y el triunfo de estos héroes, precisamente en un tiempo en que la fé católica y la autoridad de la Sede Apostólica son objeto de las mas implacables maquinaciones.

Trátase, además, de celebrar solemnemente la memoria de este dia de feliz presagio, en que el Bienaventurado Pedro y su co-apóstol Pablo, habiendo sufrido en esta ciudad hace mil ochocientos años el más glorioso martirio, consagraron con su sangre la inespugnable fortaleza de la unidad católica.

¿Qué podia haber, Venerables Hermanos, más grato para Nos y más en armonía con el triunfo de tales mártires que hacer brillar con los honores que les son debidos, los mas bellos ejemplos y los más brillantes espectáculos de la unidad de la Iglesia católica? ¿Qué más justo que el que esta alegría del triunfo de los Príncipes de los Apóstoles que pertenece á todo el universo católico, fuese realzada por vuestra presencia y vuestro celo? ¿Qué más conveniente, en fin, que el que el esplendor de tantos y tan grandes espectáculos, se hiciese más brillante todavía por la cooperacion de vuestra piedad y de vuestro gozo?

Pero esta piedad y esta union íntima con la Sede Apostólica no está solamente en armonía con las circunstancias y con vuestros sentimientos, Venerables Hermanos. Es sobre todo importantísimo que Nos saquemos de ella los más saludables frutos, sea para contrarrestar la audacia de los impíos, sea para poder convertirla en ventaja co-

mun de los fieles y vuestra. Es preciso que los adversarios de la Religión comprendan cual es la fuerza y la vida de esta Iglesia católica que ellos no cesan de perseguir con su ódio; que sepan cuán insensata é inoportuna es la injuria que le dirigen cuando la acusan de hallarse estenuada y de no marchar con el tiempo; que sepan cuán mal inspirados están en confiar en sus propias fuerzas, en sus trabajos y empresas, y que vean que no es posible destruir un conjunto de fuerzas tal como el que Jesucristo y su virtud divina han establecido sobre la base de la confesion de los Apóstoles. Esta confesion, Venerables Hermanos, hace que todos los hombres vean claramente el estrecho lazo que une á las almas en las que reina el espíritu de Dios, y que quienes abandonan á Dios y menosprecian la autoridad de la Iglesia, no alcanzan la verdadera felicidad, sino aquella que buscan en el camino del crimen, el cual no produce otra cosa que crueles discordias y funestas tempestades.

Si se considera este bien de los fieles, ¿qué pues ha de haber, Venerables Hermanos, para las naciones católicas más saludable y que más beneficioso acreciente la obediencia á Nos y á la Cátedra Apostólica que ver cuán caros son á sus Pastores los derechos de la unidad católica, y como estos Pastores atraviesan los vastos espacios de la tierra y de los mares sin curarse de los inconvenientes del viaje, para volar á Roma al lado de la Cátedra Apostólica á fin de reverenciar en Nuestra humilde persona al sucesor de Pedro y al Vicario de Jesucristo en la tierra?

Este ejemplo les hará reconocer, mejor que las más sutiles enseñanzas cuanta veneracion, deferencia y sumision deben tener hácia Nos, á quien en la persona de Pedro dijo Nuestro Señor Jesucristo: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas,» y á quien por estas palabras se ha conferido la solicitud y el poder supremo sobre la Iglesia universal.

Venerables Hermanos, vosotros mismos, al cumplir vuestro sagrado ministerio, recogeréis un fruto excelente de esta deferencia hácia la Sede Apostólica. En efecto, cuanto más unidos esteis á la piedra angular del edificio místico con los lazos de la fé, de la ternura y del amor, más fuertes os sentireis, como nos dice la historia de todas las edades de la Iglesia, con esa fuerza y ese valor que exige la grandeza de vuestro cargo, para resistir las asechanzas del enemigo y las adversidades de la fortuna.

No otra cosa queria significar Nuestro Señor Jesucristo cuando, al confiar en Pedro el cuidado de sostener la firmeza de sus hermanos, le dijo: «Yo he rogado por tí á fin de que no te falte la fé,

y de que, cuando te conviertas, confirmes á tus hermanos.» En efecto, como San Leon el grande indica, «el Señor cuida particularmente de Pedro y pide especialmente por la fé de Pedro, como si la condicion de los otros fuese más segura, no siendo vencido el corazon de su Príncipe. En Pedro, pues, se ha depositado toda la fuerza, y el socorro de la gracia divina está de tal manera coordinado, que la firmeza concedida por Cristo á Pedro es conferida por Pedro á los demás Apóstoles.» (1)

Por eso Nos hemos estado siempre persuadido de que esta fuerza de que se ha colmado á Pedro por un don especial del Señor, no podia ménos de trasmitirse á vosotros cada vez que os aproximaseis á Pedro, viviendo en sus sucesores, y aun solo con llegar á esta ciudad que el Príncipe de los Apóstoles ha regado con sus sudores sagrados y su sangre triunfal. Además, Venerables Hermanos, Nos no hemos dudado nunca de que de este sepulcro mismo, en que reposan los restos del Bienaventurado Pedro, en medio de la veneracion eterna del universo, no brote un cierto poder oculto, una virtud saludable que inspira á los Pastores del Señor las fuertes empresas, las grandes determinaciones, los sentimientos magnánimos, merced á la cual virtud, sus fuerzas restauradas venzan y destruyan la audacia impudente de los enemigos, en desigual combate con la virtud y el poder de la unidad católica.

Y en efecto: ¿por qué hemos de disimularlo? Venerables Hermanos, largo tiempo há que estamos en el campo de batalla, y que luchamos en defensa de la Religion y de la Justicia contra enemigos pérfidos y encarnizados; el combate es tan largo, tan doloroso, que todas las fuerzas juntas de la milicia sagrada apenas parece que bastan para resistir. En cuanto á Nos, combatiendo por la causa de la Iglesia, por la libertad y por los derechos de nuestro supremo cargo, hasta aquí Nos hemos librado, gracias al auxilio de Dios Todopoderoso, de mortales peligros.

Mas sin embargo, Nos somos arrastrado y zarandeado por contrarias corrientes; no tememos el naufragio, porque la asistencia presente de Nuestro Señor Jesucristo no Nos permite temer; pero sentimos un íntimo dolor en vista de tan monstruosas y nuevas doctrinas, de tantos crímenes é impiedades cometidos contra la Iglesia, y la Sede Apostólica. Nos los hemos ya condenado y reprobado en otra parte (2) y hoy de nuevo, por cumplir con Nuestro cargo, los condenamos y los reprobamos públicamente.

(1) Ser. III. in anniv. an. suc.

(2) Alloc. consist. 20 Octubre 1866.

Sin embargo, en las circunstancias actuales y en medio de la alegría que Nos causa vuestra presencia, no queremos recordar los cuidados y angustias que torturan nuestro corazón con graves y continuas heridas.

Queremos mas bien depositarlas en los altares donde tantas veces hemos ofrecido nuestras preces y nuestras lágrimas. Nos, revelaremos y presentaremos de nuevo en nuestras reiteradas súplicas todos estos sufrimientos á la misericordia del Padre Celestial, confiando sin reserva en Aquel que sabe y puede procurar la gloria y la salvacion de su Iglesia, y que haciendo justicia á todos los que padecen por nuestra causa y á todos nuestros adversarios, pronunciará en el dia determinado su justo juicio.

Sin embargo, vosotros, Venerables Hermanos, comprendéis con vuestro saber y con vuestra prudencia cuán importante es, para oponerse á los designios de los impíos y reparar los desastres de la Iglesia, que vuestro acuerdo unánime con Nos y con esta Sede Apostólica brille siempre con nuevo esplendor y se arraigue cada dia mas profundamente. Demas que este amor de la union católica, que cuando está adherido á las almas quiere esparcirse en beneficio del prógimo, este amor seguramente no os permitirá dar descanso al ánimo hasta que, en virtud de todos vuestros esfuerzos, hayais unido en esta misma concordia universal, en esta comunidad indestructible de la fé, de la esperanza y de la caridad á todos los Eclesiásticos de que sois jefes y á todos los fieles cuya guarda se os ha encomendado.

Ciertamente no podria darse espectáculo mas bello á la contemplacion de los ángeles y de los hombres que reproducir en esta peregrinacion que nos lleva de la tierra del destierro á la patria, la imágen fiel de aquella peregrinacion de las doce tribus de Israel, marchando en comun hácia la tierra feliz de promision. Todas iban juntas dirigidas cada una por sus jefes, distinta por su nombre, dividida por el sitio que ocupaba en el campo, cada familia obedecia á sus padres, cada legion de guerreros á sus capitanes; la multitud obedecia al Príncipe y sin embargo no habia en todas estas razas mas que un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y oraba en el mismo altar; un solo pueblo sometido á las mismas leyes, al mismo Soberano Pontífice, á Aaron; al mismo enviado de Dios, á Moisés; un solo pueblo usando de un mismo derecho en los trabajos de la guerra y en los frutos de la victoria: uno solo, en fin, que, viviendo bajo las mismas tiendas, y alimentándose con un sustento maravilloso, aspiraba en sus votos unánimes al mismo objeto.

Ciertamente Nos sabemos, y de ello tenemos pruebas, que vosotros pondreis todo vuestro cuidado en conservar perpétuamente esta union. ¡Nos lo habeis demostrado tantas veces con vuestro amor y vuestra concordia! Esto Nos asegura vuestra integridad, vuestra virtud eminente, superiores á todos los peligros; esto Nos asegura ese gran celo é infatigable ardor con que procurais la salvacion de los hombres y la mayor gloria de Dios. Esto Nos asegura, en fin, con la más completa certeza, la sublime oracion que el mismo Jesucristo ántes de sus últimos tormentos ofrecia á su Padre pidiéndole que «sean todos como Vos, Padre mio, sois en Mí y Yo en Vos, y que sean uno en Nos,» y es imposible que el Padre Celestial no escuche este ruego.

En cuanto á Nos, Venerables Hermanos, nada deseamos más que recoger de vuestra union con la Santa Sede Apostólica, el fruto más saludable y más delicioso que puede producir para la Iglesia universal. Largo tiempo há que acariciábamos en Nuestro ánimo un designio que ha sido ya conocido por varios de nuestros Venerables Hermanos y que esperamos poner en ejecucion tan pronto como encontremos la oportunidad vivamente deseada por Nos. Este designio es el de celebrar un Sagrado Concilio ecuménico y general de todos los Obispos del mundo católico en que serán buscados, con la ayuda de Dios, los remedios necesarios y saludables para los males que afligen á la Iglesia.

Abrigamos grandes esperanzas de que, gracias á este Concilio, la luz de la verdad católica derramará su saludable claridad en medio de las tinieblas que oscurecen los ánimos haciéndoles conocer la gracia de Dios, la senda verdadera de la salvacion y de la justicia. Al mismo tiempo la Iglesia, como un ejército invencible ordenado en batalla, rechazará las asechanzas de sus enemigos, inutilizará sus esfuerzos y triunfando de estos mismos enemigos extenderá y propagará el reino de Jesucristo sobre la tierra.

Ahora, á fin de que nuestros deseos sean escuchados y que nuestros cuidados y los vuestros obtengan para los pueblos cristianos frutos abundantes de justicia, elevemos nuestros ojos hácia Dios, fuente de toda bondad y de toda equidad, en quien reposan, para los que esperan, la plenitud y la fecundidad de la gracia.

Supuesto que tenemos por abogado para con su Padre á Jesucristo, Hijo de Dios, este Pontífice Soberano que ha penetrado en los cielos, que, vivo siempre, intercede por nosotros, y que en el admirable sacramento de la Eucaristía está con nosotros todos los dias y estará hasta la consumacion de los siglos, pongamos, Venerables Hermanos, coloquemos á este Redentor como un signo sobre

nuestro corazón, como un signo sobre nuestro brazo, y llevemos con toda confianza nuestras continuas oraciones á ese altar donde el autor mismo de la gracia ha establecido el trono de su misericordia, y donde espera, ansioso de confortarlos, á todos los que sufren y están agobiados.

Suplicuémosle también humildemente y de continuo que libre á su Iglesia de tantos males y peligros; que le conceda la alegría de la paz, la victoria sobre sus enemigos: que para gloria de su nombre auxilie á vosotros y á Nos con nuevas fuerzas; que inflame los corazones de los hombres con el fuego que vino él á traer sobre la tierra, y que por su virtud poderosa vuelvan á tomar saludables resoluciones todos los que permanezcan en el error.

Digno será de vuestra piedad, Venerables Hermanos, que consagreis todos vuestros cuidados á aumentar en los fieles á vosotros encomendados el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que ellos le veneren, que ellos le amen, que ellos le visiten con frecuencia en el augusto sacramento en que está presente.

Nada será más adecuado á vuestro celo y á vuestra solicitud que el procurar que en los corazones de los fieles resplandezca una piedad agradecida, una llama continua de caridad, á la manera que resplandecen alrededor de sus altares las sagradas antorchas.

Y para que Dios escuche antes nuestras oraciones, solicitemos vivamente los sufragios, primero de la Virgen Madre de Dios, María Inmaculada, porque nadie puede tanto con Él; después, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo nacimiento para el cielo vamos á celebrar, y por último, de todos los Bienaventurados, que reinando con Jesucristo en los cielos atraen con sus oraciones los presentes de la divina largueza sobre los hombres.

Por último Venerables Hermanos, á vosotros y á todos los demás Venerables Obispos de las naciones católicas, á todos los fieles encomendados á vuestra solicitud y á la de aquellos, y de quienes Nos hemos recibido y recibimos sin cesar tantos testimonios de piedad y de amor, á todos y á cada uno de ellos, otorgamos del fondo del corazón nuestra bendición apostólica, y con ella todos nuestros votos por su felicidad.